



Pequeños momentos que se transforman en grandes recuerdos

Faltaba poco para llegar a su tierra. Hacía media hora que habían pasado Logroño y el coche verdoso, como el lugar del que retornaban, avanzaba impasible, silencioso y a más de la velocidad permitida, adelantando a los pocos vehículos de la carretera como si de un espectro se tratase.

En la parte delantera del coche, conducía un señor con gafas rectangulares y barba de varios días que le cubría parte del labio superior, que desembocaba en una tenue

somrisa. Aparentaba tranquilidad, pero estaba muy pendiente de escuchar las indicaciones que le daba su mujer, para evitar perderse.

De vez en cuando, la mujer miraba por el espejo retrovisor y veía a tres niños acurrucados y apoyados unos contra otros, dormidos. Eran sus hijos. Mecidos por el movimiento del coche y debido al cansancio por el viaje tan largo y agotador, se les habían ido cerrando los ojos.



Cuando ya iba a apartar la mirada de ellos, la mayor de sus hijas se despertó, y algo adormilada miró hacia la ventana, hacia un punto lejano que solo ella conocía.

La mujer desvió la mirada hacia la ventana y descubrió que el paisaje se había tornado amarillo. Abrió bien sus ojos color esmeralda y con una sonrisa en los labios admiró su mar de oro, cual trigo agitado por el susurrante viento, como la bravura del océano. Se estaban acercando a su hogar.

Tal vez pasó una hora, tal vez dos. Todo era silencio. De los niños la única que permanecía despierta era la mayor.

Miraba las tierras de Castilla, ausente, evocando imágenes, recuerdos y momentos que solo ella conocía, que ella guardaría, hasta que con suerte se voluiesen a repetir para el próximo año.

A lo lejos ya se divisaba el letrero de su ciudad, su querida ciudad. De sus azulados ojos chicos, brotó una lágrima. Salada, pequeña y perfecta, resbaló y recorrió el rostro moreno. Después cayó lenta e inexorable hasta llegar a sus manitas chiquitas, que parecían de porcelana y que estaban apretadas en un puño guardando algo. Algo que solo ella conocía. Algo que ellos la habían dado. Un simple recuerdo, que permanecería con ella hasta el final de sus días.

La niña agitó su cabeza, y sus cabellos dorados como el trigo revolotearon jugueteros alrededor. Miró al cielo y un momento más tarde su ciudad se tragaba el coche verde en el que viajaban, sin mirar atrás, rumbo a su hogar.

Autora: Irene Ibáñez González. 4ºA
Ilustración: Clara Ibáñez González. 3ºB